



## Manos contemplativas

Primera parte

### LA OBRA BELLA DEL AMOR HUMILDE



**E**l nacer y tomar forma de la vida religiosa en Occidente está vinculada a la figura de un “vir Domini”, un hombre de Dios salido de la antigua Roma: Benito de Nursia. En él se manifiesta en la Iglesia una síntesis espiritual que, recogiendo lo mejor de una época, de una cultura que ya ha agotado su carrera, preanuncia ya tiempos nuevos, surgidos del injerto del Evangelio en tierra de occidente.

Su intuición fundamental es que lo humano consiste en el corazón que a través de la escucha, de la mirada apasionada del rostro de Jesús, se ha hecho humilde. De aquel núcleo de fuego del corazón “uno” (es decir, monje) irradia de hecho una figura nueva, que lleva en sí el tormento de los mártires: la bella obra del amor humilde. El acto humilde del amor como fundamento de un dinamismo de vida común, de casa común, de civilización y de cultura. La sucesiva releitura de la intuición espiritual de Benito llega a condensarla, en extrema síntesis, en una especie de slogan que identifica tradicionalmente a Benito y su tradición espiritual: “ora et labora”. Que quiere decir: un estilo de contemplación que, de la plenitud de la escucha de Dios, obtiene mirada radiante y manos laboriosas, pone raíces en la tie-

rra y hace florecer el desierto. La dimensión contemplativa que da nervadura a cada vida humana, en el estilo espiritual madurado en ámbito monástico benedictino, asume así una connotación típica que - a través de las edades - irradia resonancia de Evangelio en toda la Iglesia, de Occidente y aún más allá. De hecho, esto lleva a precisar la categoría “contemplación” en el sentido genuinamente cristiano, acercándola al fundamento de la fe: «Caro cardo salutis» Contemplar es inseparable del “tocar con nuestras manos” (cf. 1 Jn 1,1), escuchar, ver, gustar, olfatear. El orar se expande y florece en obras buenas como adoración.

Pues bien: la contemplación cristiana, experiencia del misterio de la encarnación en la espiritualidad monástica benedictina tiene el estilo característico de la impronta de la “carne”, como ductilidad. El monasterio favorece la difícil libertad madurada en la condición “terrosa”, lugar de vínculos fiables, fraternos y acogedores, en el nombre de Jesús. Así, contemplación, en este contexto espiritual, desafía al espacio de la pura visión intelectual y de la gnosis. Es contemplación a través de la desnudez de la carne, que por lo tanto trastorna todas las definiciones mentalmente construidas. Abre, en el oscuro abismo de la carne, la trascendencia de la escucha.

Es la escucha, en la contemplación cristiana, la experiencia originaria que genera la visión: es la escucha - a través de la lectura de la Palabra Escrita - que genera sabiduría, el gusto de contemplar logros imposibles; es

la escucha que despierta todos los sentidos espirituales a un nuevo sentir «en Cristo Jesús» (Fil 2,5). María de Nazaret ¿no ve tal vez y gusta y canta lo imposible, después de haber escuchado la Palabra? E inmediatamente la escucha genera la salida en un acto de amor.

## LA CONTEMPLACIÓN: VER MÁS ALLÁ

Para Benito, dos son los puntos de luz fundamentales e inseparables para aquel “ver más allá” que consiste en la contemplación (en la acepción literal: delinear el espacio de cielo en el cual captar los divinos auspicios de futuro): la *oración* y el *trabajo*. *Oración*: inmersión en el horizonte de la escucha de Dios que habla, celebración de los misterios divinos. *Trabajo*: enraizamiento de las manos en la tierra y en sus ritmos, en el entrelazamiento de los vínculos.

En otras palabras: la humildad de estar en escucha de cada voz - ya que para el hombre de Dios, habituado a leer las Sagradas Escrituras, «nada hay sin voz» (1 Cor 14,10) - y, en estrecha dependencia de la escucha, la ‘humildad de hacerse cargo de la obra de Dios en la creación y en los vínculos, de generación en generación. El humilde es aquel que, sediento de Dios, a través de cada cosa se acepta a sí mismo, y a Dio responde con amor agradecido al amor que brota. El humilde es el contemplativo.

La antigua visión antropológica entendía ver una contraposición entre el *homo cogitans*, o incluso *orans* y el *homo faber*. La contraposición tenía en sí una mirada negativa sobre la actividad “exterior”. El actuar con esta visión un poco “cosificante” era visto como pura acción, expresión de sometimiento servil a la necesidad o voluntad de la empresa de parte del sujeto. No hay espacio, fuera de la forma cristiana, para la idea de un acto mediante el cual el sujeto busca su propia verdad, busca a Dios: adora. Este es el horizonte del actuar entendido evangélicamente, «haz esto y vivirás» (Lucas 10,37), y es también el horizonte del actuar en el contexto simbólico de la vida monástica.

Agustín, pero sobre todo Gregorio Magno - y con él toda una línea de espirituales - ponían la cuestión de la relación entre el momento contemplativo de la vida y el momento activo en términos tendencialmente conflictuales (basta pensar en el prólogo del



libro de los Diálogos). Benito, en cambio intuyó un nuevo horizonte, abierto justamente por la sorprendente irrupción del Evangelio, el horizonte abierto con la intencionalidad teológica del actuar: nada tiene de más querido que Cristo y lo muestra en cada actitud y acción, en cada obra y en cada sufrimiento diario.

La regla benedictina, de hecho, pasó a la historia como inspiradora de un nuevo equilibrio dinámico, entre las dos dimensiones del alma humana, la meditativa y la activa. De hecho, Benito hereda esta sabiduría espiritual de los padres del desierto. Se piense en la primera máxima de Antonio el ermitaño, según la colección alfabética. Abad Antonio, fue asediado por la tentación de creer que su vida era inútil, lloró y le pidió ayuda a Dios, preguntándole cómo salvarse. De repente, - dice el texto - se le aparece al lado, “otro como sí mismo”, tal vez un ángel. Este otro “como él” (es importante hacer hincapié sobre las dos dimensiones simultáneamente presentes: la afinidad y la alteridad) oraba; después interrumpía y comenzaba a trabajar, a tejer una estera, y luego se sumergía de nuevo en la oración: y así todo el día, los dos momentos vitales se alternan en un ritmo que da nueva armonía a la vida. «Haz así y serás salvado» es la enseñanza del otro como él.

Este es el estilo original de Benito, hombre de Dios. Hoy surge la pregunta: ¿cómo es que el principio monástico sufre flexiones cuando se halla en un contexto cultural moderno, con tendencia a un personalismo muy especial, y aún más en el choque con el contexto post moderno?

*Madre Ignacia Angelini,*

Abadesa del Monasterio Benedictino Viboldone  
(Milán)